EL BOXEADOR

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

El boxeador

Manuel, entró en la sala destartalada de lo que estaba anunciado como gimnasio, básicamente dedicado al entrenamiento de los aficionados al boxeo, quienes veían en este deporte una salida para ganarse la vida si tenías las aptitudes necesarias para combatir en peleas sobre un ring, y ganar.

Saludó a Marcial Laborda, su entrenador, y antiguo boxeador experto en perder muchos combates, que compaginaba su trabajo de día como empleado en una empresa de mudanzas, con la de profesor en su academia de ese "arte", como él lo llamaba. Y también saludó a los demás compañeros que estaban cada uno a sus cosas: golpeando el saco de arena, haciendo ejercicios de sombra, calentando saltando a la comba, o estilismo frente al espejo.

"Manuel... ¿qué tal, chaval..., tienes ganas hoy...?", le dijo Marcial, dándole una amistosa palmada en la espalda.

"Bien, Sr. Laborda, bien, con ganas de entrenar fuerte a ver si se me va esta rabia que traigo", contestó el muchacho.

"¿Otra vez tu padre...?", le preguntó el entrenador que era muy protector con sus alumnos, casi todos con unas vidas poco envidiables que se las sabía de memoria porque, para los chicos, era como un padre.

"Sí, otra vez, ese hijoputa borracho. Ha llegado a comer y porque mi madre había hecho otra vez garbanzos, le ha soltado una hostia. ¿Qué quiere, si el poco dinero que gana cuando trabaja, se lo gasta en el bar, eh...?", contestó Manuel, con un brillo en los ojos entre tristeza y rencor.

Odiaba a su padre, pero se odiaba más a sí mismo porque no se atrevía a defender a su madre en esas ocasiones. Tenía miedo a su padre, y un respeto que ya no se merecía, pero ahí seguía teniendo ese sentimiento de toda su aún corta vida, que le paralizaba cuando lo veía agredirla o maltratarla. Tal vez, los recuerdos felices de cuando era un niño y jugaban juntos sintiéndose tratado con mucho amor, alimentaban ese respeto. Así, hasta el día en que lo echaron de un buen empleo y comenzó a beber más de lo que su sed le pedía, decidiendo ir aumentando el número de tomas y la dosis, a medida que le iban echando de los trabajos que encontraba.

"Cuando sea más mayor..., no volverá a tocar a mi madre. Antes lo mato, Sr. Laborda. Antes lo mato...", terminó.

"Bueno, anda, cámbiate, que seguro es que tendría un mal día y lo ha pagado con tu madre. Realmente..., no se la merece, con lo guapa que es. Si no bebiera tanto... Y olvídate de matar a nadie que, a fin de cuentas..., es tu padre. Ya verás como algún día, recapacitará y cambiarán las cosas", le animó el entrenador.

"A hostias, recapacitará ése..., a hostias. Con lo buena que es mi madre, joder, Sr. Marcial, que no hace más que trabajar para nosotros y para el cabrón de marido que le tocó. Bueno..., ¿qué tengo que hacer hoy, cuando caliente?", le preguntó con la mente aturdida pensando en su madre.

"Hoy... gastar energía, que llevas mucha mala leche dentro. Haces un cuarto de hora de comba y luego, al saco. Hala, duro..., y hasta que te canses. Te vendrá bien también para fortalecer pegada y abdomen", le contestó.

Era martes, 6 de marzo. En la calle hacía frío y en aquella sala, también, sólo que una vez te ponías en marcha, toda ropa llegaba a sobrar.

Una radio colocada sobre una repisa, iba dando noticias, música a petición de los oyentes, y algún concurso donde si acertabas más respuestas que nadie, te regalaban una Vespa nuevecita. Hacía poco que el año 1962 se había estrenado y, según le decía su padre, Castro, con dos cojones, se enfrentaba a la CIA, para salvar a la revolución en Cuba, que nos iba a liberar a todos. Manuel, con 16 años recién cumplidos, no entendía ni cómo funcionaban las revoluciones, ni por qué los americanos, que habían ganado la II Guerra Mundial según salía en todas las películas que veía en el cine de su barrio eran, para su padre, los malos. Bueno, la leche en polvo y el queso aquél..., no eran muy buenos. Pero mejor era eso que nada, pensaba.

Trabajaba como aprendiz en un taller de calderería y con lo que ganaba, que era muy poco, ayudaba a su madre para que, garbanzos y bacalao, no faltaran en su casa.

Si con su padre no tenía ya bastante, el encargado del taller completaba su cruel panorama: un botarate que sólo sabía gritarle por todo lo que hiciera. A los oficiales, no tanto, pero también les mostraba que sólo por encima de él, estaba D. Ángel, el dueño. Ante éste, se mostraba adulador y obsequioso, lo que no le impedía tenerle un enorme rencor de persona mezquina, porque decía no le pagaba como se merecía después de todo lo que se sacrificaba por un negocio que no era suyo y que si funcionaba, era

gracias a él porque D. Ángel..., un inútil.

Así que con ese presente que tan pocas alegrías le daba, imaginaba que en el mundo del boxeo podría encontrar el camino para salir de la realidad gris oscura en la que vivía, y ganar lo suficiente a para comprarle a su madre un piso nuevo, donde tuviera la vida que se merecía. De su padre, ya se encargaría él de mantenerlo a raya algún día. Aunque todavía, no.

Se cambió de ropa y se puso unos calzones de boxeo que ni se acordaba de dónde los había sacado, ya muy usados. Debieron de ser heredados de algún familiar. Los guantes, no, que se los vendió baratos un compañero que abandonó ese deporte, harto de recibir hostias por todos los lados. "No es lo mío", le dijo.

Se puso a saltar a la comba frente a un espejo que Marcial Laborda había aprovechado de un armario antiguo de su abuela y que iba deshojando azogue con el paso de los años, con lo que la figura de Manuel reflejada aparecía incompleta. Cuando el muchacho se fatigaba y notaba que el cuerpo le pedía bajar el ritmo, pensaba en su padre, y se le aceleraba de nuevo.

"¡Al saco!", le ordenó el entrenador, notando qué rondaba por la cabeza del chico. No era el odio una motivación sana para un deportista. Bueno, para nadie, ni aunque el resultado que se consiguiera con él, fuera bueno. Marcial había conocido el odio durante la guerra, y lo arrastró también cuando aquella se acabó. No le dejó ser feliz hasta que conoció a Cristina, su mujer hoy y, con su amor, aquél veneno en el alma se le fue acabando, devolviéndole la esperanza en una vida mejor, por mucho que ésta se estuviera retrasando bajo el triste consuelo de que la mala vida afectaba a una gran mayoría.

Manuel, obediente por el sincero respeto que Marcial se había sabido ganar con sus alumnos, se colocó frente al pesado saco de un tejido recio aunque raído por los golpes y los años, comenzando a recibir los puñetazos que el enrabietado muchacho le propinaba. Al principio, el saco aquél parecía inmune a sus golpes, manteniendo la verticalidad pero, poco a poco, empezó a balancearse, aprovechando Manuel la inercia que le iba imprimiendo cuando el chico giraba a su alrededor, como si estuviera ante un contrincante tocado e incapaz de defenderse al golpearle cuando se alejaba de sus guantes.

Marcial, detuvo el balanceo del saco y Manuel, dejó de golpear a pesar de que ni notaba su resuello asfixiante de tan encenagado como estaba en solo ver en el saco a un enemigo que sin llegar a vencerlo nunca, le estaba haciendo cada vez más fuerte.

"Basta, Manuel, descansa un poco y relaja esos dorsales que se te ven agarrotados. Tienes que ir paso a paso, con técnica, sin rabia, controlando

tus movimientos y la fuerza que empleas pero sobre todo..., tu mente. Ése es tu mayor músculo: tu mente. Se golpea con los puños, pero se gana con la cabeza. Mente limpia, muchacho..., mente limpia. ¿Me entiendes...?", le dijo Marcial mirándole fijamente a los ojos para que notara que además de recomendarle una actitud, también se la imponía.

"Sí, Sr. Marcial..., mente limpia", le contestó intuyendo lo que significaban esas dos palabras.

"Vale. Pues relaja los brazos dos minutos, y ponte en el punching pero..., sin fuerza. Agilidad solo. Imagina que es una chica a la que solo quieres acariciar y no hacerle daño. Todas las caricias que puedas, en el menor tiempo. Pero sin fuerza. ¿Vale...?", insistió el entrenador.

"Vale", contestó lacónico el chico a quien le costaba soltar el lastre que había traído de casa.

"Venga, chaval..., al punching, pues: agilidad y suavidad, como la chica ésa a la que tienes que conquistar, donde vuestros ritmos tienen que moverse al unísono o no te comerás un rosco", le contestó Marcial riéndose un poco de su gracieta. Le dio un suave empujón en la nuca para que se dirigiera hacia el aparato, a la vez que le alborotó el pelo abundante y negro que el chico tenía, como muestra de aprecio.

El barrio donde estaba esa escuela de boxeo, pertenecía a la clase social más baja, como la de otros barrios que se había ido quedando decrépitos, ocupados por trabajadores mal pagados, viudas que a duras penas podían salir adelante con los hijos huérfanos, y gente de los pueblos que intentaban encontrar una vida mejor que la que tenían de donde venían, y se hacinaban en esas viviendas pequeñas juntándose hasta tres generaciones que no habían conocido más que penurias.

Así que los que acudían a que Marcial Laborda les enseñara un oficio, porque eso era lo que los chicos aquellos creían que era el boxeo, solían tener un carácter hosco, desconfiados, rebeldes con causa que, allí, encontraban bastante más... que el aprender a pelear. También a respetar y a sentirse respetados por el entrenador y por las propias reglas del oficio. La psicología de aquél para tratarlos, era sencilla: "como a mí me hubiera gustado ser tratado a la edad de ellos, así les trataré. Y como yo debí tratar a mis mayores, así me deberán tratar". Muy básico, no fácil siempre, pero que chocaba con el sentimiento de muchos mayores que repetían con los niños, con los jóvenes, el mismo maltrato que ellos habían sufrido. Como si fuera su revancha, aunque la sufrieran quienes no tenían ninguna culpa, en una cadena cruel que no se rompía, salvo por alguno de sus pocos eslabones débiles como Marcial.

Manuel se colocó frente al punching y comenzó a golpearlo primero de forma suave vigilando el rebote para que ninguno de sus puños pegara

contra el vacío o en los costados de la pera colgada. Poco a poco, fue aumentando la velocidad y la eficacia de sus golpes centrados, seguidos, y rítmicos, con su mirada clavada solo en que se alejara y volviera hacia él, cada vez más rápido. Alrededor suyo, no existía nada más. Bueno, estaba su casa, con su padre y su madre, dentro. Ahora, notó una mano que se posaba en su hombro y que le sacó de ese ensimismamiento.

"Vigila tu fuerza, no la malgastes en este ejercicio. Ritmo y velocidad, que te estás calentando, que te lo noto. Y baila un poco alrededor del punching, que estás muy estático. En el ring, no te dejarán parar, ni debes dejar parar al contrario. Eres bueno, Manuel, tienes madera pero, ahora, controla la fuerza del golpe. Céntrate en la rapidez de tus puños y no dejes que se te balancee hacia los lados, sino frente a ti, o pegarás en el vacío que es energía perdida. Venga, chico, sigue", le ordenó Marcial.

"Vale, jefe", dijo casi sin respiración, y comenzó a golpear de nuevo, intentando no olvidar esas instrucciones. El Sr. Marcial, sabía lo que se hacía, aunque no hubiera ganado muchas peleas.

Terminada la hora de ejercicios, estaba sudado, e iba metiendo en su bolsa la ropa que se había quitado, así como los guantes. En un armario con vitrina, había colgado un batín de satén barato de color rojo, a la vista de todos. En su espalda, bordadas en letras amarillas, se leía: "King Laborda" y, debajo: "El Vengador". Al salir, Manuel, se volvió a quedar mirando aquél batín brillante y soñó, de nuevo, que algún día él también vestiría uno parecido, subido a un ring y saludando a un público entregado que aullaba cuando el speaker acabó de pronunciar su nombre. Aún le faltaba por concretar su alias de boxeador..., alguno así que intimidara al contrario.

"¿Te gusta, Manuel...?", le preguntó Marcial que se acercó para despedirse de él al ver que ya se iba.

"Mucho, es muy bonito, así..., tan brillante. Y con la capucha esa..., qué chulo. No sé si tendré dinero alguna vez para comprarme uno de estos", se lamentó el chico volviendo a su realidad. Y siguió: "Por cierto, Sr. Laborda..., ¿cuándo podré empezar a probarme con algún compañero? Es que..., ni el saco ni el punching..., se defienden. Yo creo que Antonio y yo, estamos muy parecidos, ¿no? Solo por probarme, se lo digo", acabó.

"Anda..., anda..., no quieras correr antes de saber andar. Tú, primero, prepárate bien porque recibir puñetazos..., los reciben hasta los mejores. Y duelen, duelen, ya lo creo que duele cada uno de ellos. Aunque ganes la pelea, siempre son victorias amargas. Así que..., imagínate las derrotas, que de eso, sí que entiendo. A casa, chaval, a ver si te la encuentras en paz. Dale recuerdos a tu madre de mi parte. Qué pena que por culpa de la mili que me tocó en el puto Ifni ése, al final, se la llevó tu padre. Cosas de la vida. No me puedo quejar que yo también tuve suerte con mi mujer. Y

con los chicos que me dio. Ella fue la que me hizo ver que no tenía porvenir con el boxeo", le iba diciendo a Manuel, quien no se enteraba de nada, imaginando qué letras llevaría bordadas en su batín con capucha, algún día.

Hacía más frío en la calle ahora que cuando había llegado al gimnasio. Y encima, un viento malo del marzo de los restos del invierno, le hizo levantar el cuello de la chaqueta de lana que le había hecho su abuela. También la quería mucho y vivía con ellos desde que enviudó. Hasta que les pusieron dos camas, dormía con ella en una sola más grande. Le gustaba sentir su calor cuando hacía frío y le contaba cuentos o historias de su pueblo, o le hablaba de su abuelo del que no recordaba nada porque Manuel era muy pequeño cuando murió de algo del pulmón, "porque fumó mucho en su vida", como le repetía su abuela cada noche que el abuelo salía a relucir y para que a su nieto no le diera por lo mismo, aunque la mayoría de los hombres fumaran. Y Manuel, hasta ahora y pese a la insistencia de los amigos que querían pasar por mayores frente a las chicas, no fumaba. Como fuera, el caso es que su madre, a medida que él se iba haciendo un hombre, insistía en que no podía seguir durmiendo en la misma cama que su abuela y pudo poco, o pudo mucho, encontró dos camas de una vecina que había fallecido y que se las vendieron los hijos, muy baratas. Pero la abuela, seguía contándole desde su cama, la historia o el cuento que Manuel le pedía cada noche, añorando el calor de su cuerpo de algodón antiguo que olía a limpio.

Siguió caminando con su paso rápido y, por la acera, un poco más adelante, vio a una chica caminando con una lechera en la mano. Su corazón se aceleró porque, a pesar de las luces mortecinas de la calle ésa, adivinó que se trataba de Azucena, la chica más guapa del barrio que con sus quince años, era ya toda una mujer. Nunca se atrevía a hablarle mucho, más que hola, adiós, y algún cómo estás que casi no se le entendía cuando lo preguntaba. Manuel, no sabía que ella esperaba que le dijera más cosas, que venciera su timidez al hablarle y, si no fuera porque estaba mal en una chica decirle lo guapo que era porque no se pensara que era una fresca, pues que también le hubiera dicho cómo le notaba que su cuerpo se estaba ensanchando, imprimiendo un balanceo al caminar que parecía como si no pudiera sostener el peso de sus hombros ampliados, y que tanto le gustaba. Pero Azucena esperaba que él diera ese paso, no estando segura de que Manuel pudiera sentir algo parecido por ella.

Sin darse cuenta, el chico fue acelerando el paso para alcanzarla sin poder controlar el ritmo de sus piernas, cuando su cabeza le decía que se estaba metiendo en un aprieto entre lo que deseaba y lo que se atrevía.

"Hola, Azucena..., hace frío esta noche, ¿eh...?", le dijo sin percatarse de lo poco original de un saludo que podría valer para todo el mundo,

tanto los que le importaban mucho, como los que no.

"¡Ah...!, ho... hola, Manuel, casi me has asustado porque no te he sentido llegar...", le dijo intentando sonreír lo suficiente para que el chico notara que se alegraba de que llegara aún tan de imprevisto. "Sí, hace frío hoy con este aire. ¿De dónde vienes...?", le dijo interesándose, ella sí, por su vida.

"¿Te ayudo con la lechera?, por si te pesa, lo digo". Y siguió: "Pues..., vengo del gimnasio del Sr. Marcial, el del boxeo. Quiero ser boxeador, así que me entreno duro para serlo pronto", le contestó mirándola de soslayo a ver qué cara ponía Azucena quien, así, de perfil al caminar a su lado, estaba que se salía de guapa, pensó. Tenía ganas de que supiera ella qué era lo que quería ser, y ver si de ese modo despertaba su interés por él. Y vio, que se sonreía.

"Ah... ¿sí...? No lo sabía. ¿Te gusta pegarte con otro? Porque ese deporte tiene que ser muy duro, ¿no?", le preguntó ella imaginando su torso desnudo fuerte, sudoroso, y venciendo al contrincante. Sólo lo veía, venciendo. Un nerviosismo flojito creciéndole desde el estómago abarcó todo su cuerpo y, como por encanto, dejó de sentir el frío que el viento de marzo repartía a discreción.

"Bueno, no se trata de que te guste pegarle al otro, sino de ganarle recibiendo los menos golpes posibles. Ese deporte, es así. Y sí, es duro, empezando por el entrenamiento para que tu cuerpo sea casi como una roca, pero con agilidad y sin apenas peso. Como todavía no me he peleado con nadie, porque el Sr. Marcial dice que aún no estoy preparado..., pues no sé lo que se siente en un combate, ni si soy bueno, o no. El entrenador dice que sí, que tengo madera de boxeador pero..., igual es que se lo dice a todos. Por animarnos, digo.

Y no creas tampoco que allí te puedes pegar de cualquier manera, no, que hay que seguir unas reglas muy estrictas, que hasta te pueden expulsar del ring, o de boxeador, incluso", concluyó Manuel que estaba moviéndose con ese tema ante ella, como pez en el agua.

"Pues a ver si algún día te puedo ver en el ring, en alguna pelea, aunque creo que sufriré cuando vea que te pegan por mucho que se estén cumpliendo todas las reglas del juego". Después de decir esto Azucena, detuvo su caminar.

"¿Y porqué sufrirás, qué más te da a ti?", le preguntó Manuel esperando que no le diera igual. Miró el portal ante el que se había parado, y vio que era donde ella vivía.

"No sé..., pero no quiero que te hagan daño. Bueno, ya he llegado. Gracias por acompañarme...", y, dudando, siguió: "¿Pueden las chicas

entrar a ese gimnasio...?".

"No..., claro, ¿cómo van a entrar las chicas a un deporte de hombres? Bueno..., igual, si es sólo a ver... sí puede ser pero yo, allí..., no he visto nunca a ninguna. ¿Para qué quieres venir?", le preguntó Manuel esperanzado en que fuera para verlo a él.

Rehuyendo la pregunta del chico, Azucena le dijo: "Igual, si hablas tú con el Sr. Marcial..., sí que me dejaría entrar si tú estabas. Si tú no estuvieras, no entraría porque me daría vergüenza sin conocer a los que pudieran estar allí. Así, vería cómo boxeas, que no he visto nunca ningún entrenamiento. Combates..., aún menos".

Con esa duda cargada de deseos posibles se despidieron los dos. Ella, se metió en su portal, y él siguió el camino hacia su casa. Dos corazones latiendo con alegría, como habiéndose reconocido tras aquella corta conversación donde los dos chicos se habían cargado de ilusión, pero también de temores porque esas ilusiones no pudieran ir más allá de lo que ambos estaban sintiendo. En el caso de Manuel, y cuando ya iba a llamar a la puerta de su casa, la realidad de su vida se le echó encima, amagándole la alegría por Azucena. Esperó frente a la puerta intentando adivinar qué pasaría dentro pero no se oía nada, salvo el trajín habitual de una casa habitada cuyos sonidos amortiguados traspasaban aquella puerta. En principio, era buena señal. Quizás era sólo que su padre aún no había vuelto del bar. O que tenía un día tranquilo. Tragó saliva, desencogió el estómago..., y llamó.

"¡Hombre..., a quién tenemos aquí...!, si es el boxeador Rocky Marciano que viene del entrenamiento... Hala, pasa, pasa... y cuéntanos cómo te ha ido hoy con el marica ése del Laborda: no se te ocurra darle la espalda, chaval..., que ataca a traición...", le dijo su padre cerrando la puerta y riéndose a carcajadas de su broma maliciosa y sin gracia. Y siguió de nuevo, elevando un poco más la voz: "¡Antonia...!, aquí tienes a tu hijo que..., éste, sí que nos sacará de pobres cuando sea un profesional...", y continuó con su risa mientras le hacía una caricia en el pelo con la energía suficiente para que Manuel notara que en esa casa, todavía era él el que mandaba, el fuerte, el que tenía más mala hostia que ninguno, y como advertencia para su hijo quien debería esperar aún algunos años para asumir el mando de aquella familia, por mucho que se entrenara para... quitarle el puesto.

"El Sr. Laborda..., no es marica", le dijo el chico para defender a su profesor, conteniendo el odio que sentía hablándole con una voz baja casi ininteligible mientras rehuía la mirada retadora del padre.

"¿No es marica...? ¿Por qué te crees que me llevé yo a tu madre, cuando él también estaba por ella...? Porque no tuvo agallas de competir conmigo, chaval..., por eso me la llevé yo, aunque mariconeaba por los

gimnasios de boxeo. Igual pensaba que iba a impresionar a tu madre. Y a mí, menos. Y agachó la cabeza..., y a buscarse otra: a ver...", le terminó de decir su padre, aunque ya no se reía.

"¡Deja al chico, Manolo, que además de venir cansado del gimnasio, él, sí que trabaja. Lo que tú no haces! Anda, Manuel, ven aquí y dame un beso. Y deja en paz a tu padre que se cree muy gracioso", dijo su madre dándole un abrazo fuerte y un beso. Ya era un poco grande para esos mimos, pero sólo en él encontraba ese afecto que tanto necesitaba. Bueno, los dos necesitaban esos afectos mutuos en aquella casa en la que el coñac Soberano, se había encargado en dejarlos bajo mínimos.

No siempre Manolo había sido así, aunque desde joven ya apuntara maneras de ser un poco echado para adelante, además de un guaperas de barrio que hacía bajar la mirada a las chicas cuando les decía halagos o las invitaba a un cucurucho de churros en los domingos que hacían baile en la plaza. Y ese punto en que él se creía superior a ellas y que les mostraba sin pudor, pues que había muchas a las que su descaro se les hacía irresistible.

Hasta que un domingo se fijó en Charo, su hoy mujer y madre de Manuel, a la que vio bailando con uno con aspecto de ser todo lo contrario a él, Marcial Laborda, al que con sólo un vistazo catalogó como no merecedor de estar bailando con una morena como aquella, y a la que no tenía en su agenda de admiradoras: todo un nuevo desafío para él.

Así que cuando acabó la pieza que estaban bailando y Charo se fue a reunirse con sus amigas hasta que volvieran a tocar la siguiente canción, Manolo fue directo a ella, que justo llegó cuando ya iba a comenzar la música, otra vez. Marcial Laborda, pillado en el titubeo de si ir a sacarla de nuevo o no a pesar de haberse quedado prendado de ella, aquél caimán de pelo a cepillo y sonrisa brillante, ya tiraba de Charo para llevarla hasta el centro de la plaza sin pedirle permiso, pues lo daba por concedido. A partir de aquella tarde, Manolo dominó y, Charo, se dejó arrullar por su dominio. Era guapo, simpático, alto, seguro de sí mismo y olía a tabaco rubio, cuando los demás iban perfumados de Celtas cortos.

De modo que aunque la sombra de Marcial Laborda no se había disipado de la cabeza de la chica porque también era bien parecido y se veía buen muchacho, educado y respetuoso, la personalidad arrolladora de Manolo pudo más que los tímidos intentos de Marcial por conquistarla. Y un día, éste, dejó de acudir al baile de la plaza nunca más, así que esa otra opción de amor desapareció de la vida de Charo. Más tarde se enteró que le habían llamado a filas y enviado a hacer la mili, a Ifni.

Lo demás, ya, vino rodado: Manolo se fue enamorando de Charo, y el conquistador pasó a conquistado por el bellezón que ella era, aunque la chica se dejaba hacer y guiar por él, en casi todo. Ambos, aquello, lo

encontraban natural, sintiéndose ella la mar de orgullosa en su papel de la elegida entre todas.

Y en 1944, cuando España se estaba quitando de encima los escombros de su guerra, y los aliados se acababan de bañar en las playas de la Normandía, Charo y Manolo se dieron el "sí quiero" apenas con lo puesto, acompañados por las respectivas familias que echaron por la ventana lo poco que tenían para celebrar algo que era todo muy prometedor en aquella pareja de película americana vestidos de españoles.

Y en 1946, cuando el drama de la guerra europea ya se había acabado, nació Manuel, un niño sano y gordito, tan bello como sus padres. Y la felicidad de la pareja convertida ahora en trío, seguía adelante. Muy felices..., hasta que a Manolo le dio por beber para combatir los celos que la vuelta de Marcial Laborda al barrio, habían comenzado a morderle las entrañas por dentro, obsesionado con que seguía enamorado de Charo y que, ella, no lo había olvidado. Excepto esto último que sí sentían ellos dos por separado, como el rescoldo de un fuego que no tuvo tiempo a sacar llama, todo lo demás que Manolo iba imaginando, era pura fantasía que combatía y avivaba a partes iguales, con el coñac.

Él, se excusaba en que bebía porque le habían echado de la fábrica de cervezas donde tenía un buen puesto como encargado, mejor pagado de lo que en aquellas fechas era lo habitual. Esta parte de su vida..., tampoco le ayudó, es verdad. Y que, también, a partir de ahí, los trabajos le duraban poco y, su rencor hacia ellos dos, demasiado. Tanto, que hasta comenzó a ver semejanzas físicas entre Manuel, su hijo, y Marcial. Un imposible porque este último, se había ido a trabajar a las minas de Asturias, cuando se sacudió de las zapatillas el polvo reseco de los montes inhóspitos de Ifni.

"¡Pega, chaval...!", le ordenó el padre poniendo su mano grande, plana y vertical como si fuera el saco del gimnasio. Manuel, dudó sin saber qué hacer con esa orden con la que podría quedar en ridículo ante el padre, si sentía éste un golpear flojo sobre la palma de su mano.

"¡Pega, hostias...!, a ver qué has aprendido del mari...", y sin dejarle acabar la frase que no terminó de ser insulto, le salió un directo a aquella mano, seguido de una ráfaga alterna de golpes con ambos puños, que hizo retroceder la mano a su padre, aguantando el dolor no previsto para mantener el tipo ante su hijo.

"Jodo, chaval, ahí..., me has pillado de imprevisto, sí. Se nota que Marcial te enseña bien, o que tú eres un tío con dos huevos, como tu padre. A ver..., vamos a ver cómo te comportas si echamos un pulso, ¿te atreves...?", le dijo Manolo buscando algo con que salvar a su orgullo herido. Y antes de que Manuel pudiera responder a su pregunta, el padre, ya había colocado su codo derecho sobre la mesa, esperando a que el hijo

se sentara también para enfrentarse a él. Dudando un poco, al final, se sentó y, sin aguantarle mucho la mirada, se sujetó a su mano que le pareció hecha de bronce.

"¿Vale?", le preguntó con esa sonrisa de quien se siente seguro. "¡Tira!", le ordenó.

Manuel, tiró de su brazo con todas sus fuerzas hacia sí, pero el brazo de su padre, ni se movió. Ni la sonrisa maliciosa, tampoco se le borró de su boca. Manolo, cansado del juego, dio un impulso y la mano de Manuel, chocó contra la madera de la mesa.

"Cuando seas padre..., comerás huevos", le dijo a modo de advertencia.

"Anda, deja al chico ya, que vergüenza te debería dar ponerte con una criatura. Qué tonto estás, por Dios: métete con tus compinches del bar, a ver a cuántos ganas", le dijo Charo sintiendo una repulsión hacia su marido que no pudo disimular en su forma de mirarlo.

Tras una cena que fue más relajada, Manuel se metió en su cuarto, donde ya la abuela estaba en su cama. Siempre lo hacían así: primero se acostaba ella y, luego, Manuel se desnudaba con la luz apagada porque ya le daba un poco de corte, con su edad, que la abuela le viera en calzoncillos como un proceso de búsqueda de intimidad imposible en aquél cuarto para los dos, y que no recordaba muy bien en qué momento de su vida le había comenzado, a pesar de la enorme confianza y cariño que abuela y nieto, se tenían.

Ella, cuando Manolo volvía transformado del bar y les hacía pagar a todos la rabia que le devoraba, callaba en una mezcla de miedo hacia el yerno casi ideal al que tanto había admirado y querido, y el querer evitar empeorar las cosas defendiendo a su hija o a su nieto. Era verdad que a ella sí la respetaba, por así decirlo, y nunca iban sus reproches dirigidos a su suegra, aunque supiera él que sus broncas también le hacían daño, tanto o más que si fueran contra ella misma.

Una vez Manuel metido en su cama, la abuela Carmela encendió la luz de la mesilla.

"¿Cómo te ha ido hoy, hijo...?", pregunta que se refería al tiempo que había pasado fuera de casa. Manuel, se giró dentro de su cama para que pudieran verse las caras.

"En el trabajo..., pues como siempre. El encargado, que nunca está contento con nada de lo que hago y nos va gritando a todos pero, a mí, al que más. Dice que no aprendo, pero no es verdad, abuela, si ya sé soldar y me hago los depósitos pequeños, yo solo. Han puesto un cabestrante

eléctrico, ¿sabes lo que es?, lo de levantar pesos con un motor y que avanza y retrocede a lo largo del taller..., ¿no...?, bueno, pues lo manejo yo solo, y sólo yo, que no lo quiere aprender nadie. Pero de eso..., el encargado..., no dice nada", le contó Manuel.

La abuela Carmela, no sabía de cabestrantes y le daba igual cómo funcionasen, pero le gustaba que le contara esas cosas, lo que aprendía, lo que progresaba pese al malasombra del encargado ése a quien le tenía ya una manía horrible, sin conocerle. Ella sabía que Manuel era listo, inteligente, y que algún día se cambiaría a alguna de esas empresas nuevas y grandes que se iban instalando, donde sí valorarían sus conocimientos. Pero sólo tenía apenas 16 años y para todo lo importante de su vida, tendría que esperar.

"¿Y en el gimnasio, con lo del boxeo...?", insistió la abuela. "A mí, eso, me da miedo que lo hagas, Manuel, que te pueden dar un golpe en la cabeza...".

"No, que peleamos con guantes para no hacernos daño. Además, yo sólo entreno con aparatos, no contra nadie. Eso..., más adelante y cuando el Sr. Marcial me lo diga. No te apures.

¿Te cuento una cosa, abuela...? Hoy he hablado un poco con Azucena, la que vive en el 22 de esta calle, ¿sabes quién, no...?", dijo Manuel esperando a ver si ése era un tema que sí fuera de su interés.

"No..., no caigo ahora... Bueno..., ¿y qué le pasa a la Azucena esa..., que te gusta, o qué?". Ahí sí que Carmela, medio durmiéndose como estaba, se despertó del todo.

"Sí, es muy guapa. Me ha dicho que igual un día viene a verme boxear. Bueno, a entrenar, aunque dice que le da miedo que cuando boxee de verdad, que me puedan lesionar. No sabe que me estoy entrenando para que no me gane, nadie. Nadie", y remarcó la palabra última reafirmándose en el soterrado objetivo de tanto entrenamiento, que no era sólo para ganar a otro boxeador como él. La abuela, que nunca sacaba el tema con el chico, entendió el sentido del último "nadie", y le entró tristeza.

"Manuel..., cariño, yo sé que sufres por lo que hace tu padre contigo y sobre todo, con tu madre. A mí, también me duele porque él no era así y ya verás que, cuando vuelva a encontrar un trabajo que le dure lo suficiente, dejará de beber y ya no le echarán, como en estos últimos que ha tenido. Él, cambiará, yo lo sé, siempre se portó bien con vosotros, conmigo..., y con tu abuelo, al que le tenía mucho respeto. Se le ha amargado la vida, y nos la ha amargado a todos y, eso, también le mata pero no sabe cómo salir. Yo intento no meterme para no empeorar las

cosas porque cuando está así..., ni razona, ni es él.

Y es tu padre, que no se te olvide, aunque no sepa demostrarte en estos momentos, el amor que te tiene. Así que si entrenas..., que sea sólo para combatir en el ring, sólo en el ring. Únicamente te pido que tengas un poco de paciencia, tú que eres un buen chico. Lo malo es... tu madre, pobre Charo, con lo enamorada que estaba de él...", y a la abuela, en este punto de la conversación, se le quebró la voz e intentó decirle:

"Es tarde, Manuel: mañana hablamos. Que descanses..., cariño", y se tapó la cabeza con toda la ropa de la cama, para que no la oyera llorar.

Reconfortado por las palabras esperanzadas de su abuela, Manuel se giró sin enterarse del drama silencioso que arrastraba cada día desde que su yerno había cambiado, y sin que nadie le hiciera también a ella, otros razonamientos parecidos con la esperanza de un cambio, y con los que consolarse.

El chico intentó dormir para olvidar, pero tuvo más suerte y le vino a la mente la imagen de Azucena caminando ante él, con su lechera. Vio su trenza gruesa que le caía por la espalda, y las piernas firmes que terminaban dentro de unos calcetines que medio se le caían sobre los zapatos porque el elástico que llevaron alguna vez para agarrarse a sus pantorrillas, había desaparecido. Tenía unas piernas bonitas, sí, pensaba ahora Manuel. Y recordaba también los golpes rítmicos de la falda, en su caminar. Debajo, seguro que tendría un culo a la altura de todo lo demás que en ella veía, o imaginaba.

Una desazón le entró como de repente porque, de nuevo, con estos pensamientos que se le iban entrelazando en su mente construyendo el cuerpo idealizado de la chica, comenzó a sentir como su carne se estaba tensando para reclamar más de esos pensamientos que tendría que desechar o..., seguirían alimentando a esa carne que pediría más, y más..., hasta que su mano no pudiera evitar las caricias que estaban prohibidas pero en las que encontrar la calma para su cuerpo, aunque también una angustia en su alma que se le quedaría ahí..., hasta que se confesara el domingo con el cura de su parroquia, quien no daba abasto en padrenuestros con estos chicos que tan fácilmente se dejaban rodar por la cuesta abajo de los pecados de la carne.

Tras lo inevitable, ahora Manuel se sentía mojado y sucio. Y lo peor de todo era..., el remordimiento por no haber respetado a Azucena, que no era una chica como las demás, que no la quería para eso porque, con las otras..., pues no pasaba nada si soñaba con ellas para liberarse de eso cuando comenzaba el murmullo de su carne al amontonársele entre las piernas, algo que sólo le debía de pasar a él y que le hacía despertarse pringoso tras el sueño, cuando no era que lo hubiera hecho de forma ineludiblemente voluntaria pensando en alguna de esas otras chicas,

antes de dormir.

Pero con Azucena..., no, porque era buena, porque era guapa, porque quería verlo boxear..., y porque se había enamorado de ella para nunca hacerle daño, nunca, ni aunque fuera de esta forma en la que ella no se enteraba de nada, pero..., él, sí.

"Si lo supiera Azucena..., seguro que me dejaba. ¿Qué chica iba a aguantar a alguien tan..., tan así como yo?", pensaba atormentado. Pero con la paz de su carne..., se le fueron apagando los temores... y se durmió.

A la mañana siguiente, el viento frío del día anterior se había calmado y el sol calentaba tímidamente el ambiente mientras, Manuel, subido en el estribo del tranvía que le dejaba en la parada final, cerca del taller donde trabajaba, se agarraba como podía para no caerse porque iba lleno hasta los topes de hombres que comenzaban como él, su jornada. Muy pocas mujeres viajaban en el tranvía a esas horas y la que podía, lo evitaba por esas apreturas que eran aprovechadas por los que disfrutaban robando roces con alguna de ellas. Así que, en su mayoría, las chicas preferían caminar hasta la oficina o comercio donde casi todas tenían su trabajo.

Cuando llegó al taller, aún faltaban cinco minutos para las 8 de la mañana, lo que no impidió que el encargado, a los "buenos días" de Manuel, respondiera con un "Hala, que no llegas tarde..., de casualidad; ya estarás más agudo para irte cuando sea la hora de cerrar, ya", a pesar de que allí, por real decreto de que "lo que nos sobran son gente que está deseando quitarte tu puesto...", se solía salir una hora más tarde de las 8 horas de trabajo oficial, y sin remunerar porque debía de tomárselo como si estuviera en una escuela aprendiendo un oficio, "y sin pagar", que le decía.

A la una y media del mediodía, sonaba la sirena anunciando la hora de descanso para comer, que casi todos lo hacían de la fiambrera que se traían de casa, sentados en corros como podían, sobre los hierros o bancos de trabajo donde sus compañeros, mucho mayores que él, hablaban de fútbol, de toros, de alguna película que estrenaban..., o de mujeres. Ninguno tenía aún televisión y los que la veían si retransmitían algún partido, era porque los domingos se bajaban por la tarde a algún bar que sí la tuviera. Algo que se estaba haciendo cada vez más frecuente porque si no, los clientes dejaban de acudir sin ese reclamo.

Y mientras los hombres, sentados todos juntos cercanos al televisor, braceaban pidiendo un penalty de libro contra el equipo contrario, o se extrañaban de que el inútil del entrenador hubiera sacado a Pedro, siendo como tenía a Juan sesteando en el banquillo porque es que ese hombre no tenía ni puta idea de entrenar, te lo digo yo..., las esposas, tirando de Kas de naranja y ajenas a la pantalla, hablaban de sus cosas, de sus hijos que

correteaban persiguiéndose por entre las mesas del bar, o de sus padres que seguían bien en el pueblo, al que casi todas volvían cuando a los chicos les daban las vacaciones en el colegio para dejárselos a los abuelos y que se asilvestraran un poco durante esos dos meses. "Vuelven con otro color", sentenciaba una.

A la salida, Manuel se despidió de sus compañeros y fue corriendo hasta la parada del tranvía, antes de que llegaran todos los trabajadores de los otros talleres que por allí había y que salían a la misma hora que él, o le tocaría volver otra vez subido en el estribo. Hubo suerte, y estando a punto de salir el tranvía de la parada que hacía de final de trayecto, se subió a él de un salto, poniéndose justo en marcha aquél desvencijado vehículo hecho de madera y hierros hacía muchos años, con un caminar lento donde todo eran ruidos y chirridos metálicos como si fueran los estertores de su muerte. Pero no, porque seguro que dentro de cinco años, allá seguiría transportando a la misma gente pero más vieja, quienes no debían merecerse nada mejor. Los que circulaban por el centro de la ciudad y los barrios residenciales, sí que eran más nuevos, ni iban tan atestados.

Llegó a su parada y se apeó encaminándose al gimnasio, porque era miércoles y le tocaba entrenar. Ya le había dicho el Sr. Laborda que si quería llegar a algo en el boxeo, le tendría que dedicar más tiempo, cada día si podía ser y si se lo podía pagar. No veía cómo, si lo poco que ganaba en el trabajo lo tenía que entregar en casa y ya era un sacrificio para su madre, el pagar los tres días de entrenamiento semanal que hacía ahora.

"Buenas tardes, Sr. Marcial..., ya estamos aquí", le dijo al entrar. También saludó a los demás compañeros, aunque sólo dos de ellos se enteraron de su llegada. Los otros..., andaban encenegados con sus puñetazos.

"Muy bien, Manuel. Hoy, tendrás un poco de descanso, que van a pelear el Andrés y el Santi, y quiero que los veáis y os fijéis, sobre todo, en sus fallos de defensa. Yo os los iré diciendo cuando se los vea. Y tranquilo, no tengas prisa por salir ahí, que aún no te toca. Primero, aprende, como les digo también a los demás", dijo el entrenador. Dio dos palmadas fuertes y todos prestaron atención, porque significaba que iba a decir algo.

"Andrés..., Santi..., al cuadrilátero. Las protecciones de la cabeza, bien apretadas. Aunque sea un coñazo para respirar, morded fuerte la protección de goma para los dientes: los que se os caigan en un guantazo..., no os volverán a salir. Y la cara, con la vaselina bien extendida para que resbale el cuero del guante del contrario y no se os rasgue la piel. Golpead rápido, y recoged aún más rápido los brazos para proteger costados y cara. ¿Entendido, chicos...? Es vuestra primera pelea

y, de ella, vais a aprender vosotros y vuestros compañeros.

Ah..., y recordad que esto es, sólo, entrenamiento. Nada de marrullerías, que no os estáis jugando nada. Sólo estamos aprendiendo a defendernos. Tú..., y tú. Los dos. De momento, sólo a defenderse. ¿O.K.?", ordenó en forma de pregunta a los que iban a pelear. Los dos, asintieron con sus cabezas. Laborda, les repasó las protecciones, los guantes, y que la piel de su cara, estuviera resbaladiza aunque llevaran los cascos apretados.

"¡Venga, chicos..., a darle!", y dando una palmada Marcial, los dos contrincantes, comenzaron a bailar uno en torno al otro.

Manuel, no perdía detalle y se fijaba en cómo Santi, con sus brazos pegados fuerte contra los costados, eran una muralla que protegía sus costillas, dejando que Andrés trabajara en golpearle sin más efecto que el agotamiento de ese aporrear estéril.

Enseguida, Manuel, se imaginó a él, ahí, ocupando el puesto de uno de ellos, moviéndose con agilidad para agotar al otro e ir buscando puntos mal defendidos a los que lanzar sus puños. Y entre el público, sufriendo por él..., Azucena.

"¿Te fijas..., Manuel?", le preguntó Marcial, porque le pareció que no prestaba toda la atención. "¿Qué te parece cómo lo está haciendo Andrés?", insistió.

"Pues que golpea mucho sobre los brazos de Santi, y se le está bajando el ritmo de pegada por el cansancio. Y por eso mismo, tampoco se está protegiendo bien de los golpes que Santi le manda. Eso me parece", le dijo Manuel.

"Eso es, Manuel, veo que lo has entendido. Aunque cuando te toque salir a ti, verás que es más fácil decirlo, que hacerlo. Santi ha entrenado más que Andrés, así que no todo es pensar en cómo que se debe de hacer, sino también, poder hacerlo". Y Marcial, dejó al chico para ir preguntando al resto de los que presenciaban el combate que, al final, acabó con la retirada de Andrés, cuando ya el entrenador iba a parar la pelea.

"Una pregunta, Sr. Laborda...: las chicas... ¿pueden entrar en el gimnasio?", dijo Manuel con una cierta esperanza.

"¿Aquí...? No creo que éste sea un deporte apropiado para las chicas, ni creo que ninguna quiera practicarlo. Además, habría que cambiar todo, los vestuarios, los servicios..., y tampoco sé si la Federación lo permitiría. A mí no me gustaría que mi hija lo hiciera. ¿Por qué me lo preguntas?",

terminó el entrenador.

"No..., no digo a practicar boxeo, no, ya sé que no podría ser..., digo a verme entrenar...", contestó Manuel, titubeando si había hecho bien en hacer una pregunta que era tan obvio que no podría ser.

"¿A verte entrenar..., quién..., tu madre, por ejemplo...?", preguntó un ahora interesado, Marcial.

"No, no..., una amiga que me preguntó el otro día porque sabe que estoy aprendiendo a boxear...", contestó el chico notando que se había metido en un embrollo por pretender lucirse algún día, ante Azucena.

"Ah..., una amiga... ¿estás seguro que esa amiga tuya va a querer entrar, aquí, donde sólo hay chicos y que no es un sitio, tampoco, muy romántico que digamos...? No sé..., yo... no se lo voy a prohibir si ella quiere entrar a verte, pero piensa si tú querrías que estuviera aquí tu novia, con tantos tíos mirándola o diciéndole alguna cosa. En todo caso..., bien..., si es un día sólo. No más, que igual se me alborotaba el gallinero si viniera a menudo y se me dedican los gallitos a pavonearse ante ella. Piénsalo, Manuel. Seguro que hay otras maneras mejores de agradarle a ella que trayéndola a este sitio. ¿No te parece...? Al cine, por ejemplo. O paseando por el parque, y la invitas a unas palomitas, o unos cacahuetes. A las chicas les encanta que se las obsequie con algo que les guste. Eso, sí: primero, entérate de qué le gusta, no sea que el regalo surta el efecto contrario", y ahí, Marcial, se echó unas carcajadas comprendiendo los sentimientos del chico. Y finalizó: "Bueno, tú mismo, pero... sólo un día, y por aquello de matarle el gusanillo sobre qué es esto que aquí haces, y la puedas sorprender con lo que ya sabes hacer. Pero sólo un día, ¿vale...?".

"Vale", contestó Manuel, muy sonriente por dentro. Ya estaba deseando salir para ver si se la encontraba en el calle y decírselo. Y si no era hoy..., pues cuanto antes. "Ah..., Sr. Marcial..., una cosa...: aún no es mi novia", le aclaró, por si acaso.

"Pues si te ve boxeando..., seguro que lo será. Te lo digo yo", y le dio un apretón con su mano en el hombro para darle ánimos y que pudiera conseguir el objetivo que le acababa de revelar, aunque lo hubiera hecho mediante ese... pequeño rodeo. Sentía un aprecio especial por el muchacho, al que veía mucho más noble de lo que el mundo permitía en aquellos momentos. No en vano, Manuel, era el hijo de esa mujer a la que aún no había olvidado, y a quien tanto se parecía en casi todo.

"¿Qué tal con Azucena, la chica esa que te gusta?", le preguntó la abuela a Manuel desde la otra cama, siempre interesada por la felicidad de su nieto.

"Pues..., no sé, no la he visto en estos días, no hemos coincidido en la calle, y eso que la quería ver para decirle una cosa que sé que le va a gustar", contestó el chico desde la suya.

"¿Una cosa que le va a gustar...? Eso suena muy bien. Pero si le va a gustar, no puede ser que esperes a coincidir con ella. Debes ir a buscarla. Sabes dónde vive, ¿no...? Pues cuando salgas de trabajar, te plantas en su puerta que, seguro, en algún momento aparecerá y la ves. Y harás dos cosas que le van a encantar: la primera..., nada de... esperar a casualidades para verla..., no, no..., tiene que ver que la estás esperando porque te mueres de ganas por estar con ella y, la segunda..., que le cuentes además eso que le va a gustar. Por cierto... ¿qué es eso que tanto le va a gustar, si se puede saber?", le preguntaba ahora, intrigada.

Dudando si contárselo o no, porque se fuera a reír si lo entendía como una simpleza de críos, al final, la enorme confianza que tenía en su abuela, pudo más:

"Pues que me dijo que quería venir a verme entrenar al gimnasio, y se lo pregunté al Sr. Laborda, y me dijo que sí, que puedo llevarla, pero que sólo un día, aunque él cree que no es un sitio apropiado para una chica. Hombre..., el local, bonito..., no es. Más bien..., un desastre de lugar. Pero como lo que quiere es verme a mí y no al local, ni a los otros compañeros..., pues seguro que le gustará a pesar de todo. Y aunque me dijo que sí a que puede venir, pero que sólo un día, no sea que se le alborote el corral si viniera Azucena más veces. Quizás tenga razón, porque los otros, sólo saben hablar de tías, de tías..., como las llaman ellos. ¿Qué te parece, abuela?", le contestó en un tono ilusionado porque ella le dijera que sí, a que fuera a verlo.

"Pues muy bien, sí, pero hazlo como yo te he dicho y, cuando la veas, le dices que sí, que te puede ir a ver. Pero adviértele que será sólo una vez, que el entrenador es muy estricto con eso de que vayan chicas allí porque se le desbaratan los boxeadores...", y al decir esto, la abuela se echó a reír sin poder contenerse.

Aquella noche, Manuel, se durmió feliz soñando con que boxeaba en la sala "Circo Price" de Madrid, con aquello a reventar de público, y en primera fila, sus tres amores: Azucena, su novia, Charo, su madre, y Carmela, su abuela, las tres con el corazón en un puño de verlo peleando allá arriba sobre el cuadrilátero, y gritando las tres de alegría cuando el speaker anunciaba, levantándole su brazo derecho: "¡¡Campeón de Espáña de los pesos welter..., Manuuuél... Cástrooo, "El Lobo de Tenerías": un fuerte aplauso para él, querido públicoooo...!!"

El tiempo de aquél marzo que arrastraba el invierno un poco más allá de lo deseado, se volvió primavera sin avisar y cuando oficialmente aún no tocaba. Aunque en los relojes de la Naturaleza, el hombre no se debería

de inmiscuirse... pues que tampoco pasaba nada si se metía y no acertaba, ya se sabe. El caso es que Manuel, al ir al trabajo, encontró unas calles distintas, unas gentes que dibujaban sonrisas como si no pudieran evitarlo a pesar de que todo lo demás que les rodeaba, seguía igual.

En algunas tiendas, ya estaban los dueños trasteando en ellas, preparándose para recibir a los posibles clientes. Los barrenderos, escobaban sin urgencia entre los adoquines de las calles, ahora que ya el carro de la basura había pasado hacía rato, y ya no dejaría más rastros de lo que retiraban de los cubos dejados por los vecinos en sus portales..., hasta mañana.

El tranvía, a rebosar de viajeros felices como si les fueran a decir al llegar a sus tajos: "Ya perdonaréis, pero hemos decidido subiros el sueldo un 50%, e imponeros la semana inglesa con lo que el sábado por la tarde... fiesta". Manuel, se encaramó como pudo en la parte reservada que tenía en el estribo, gozando en él de la agradable temperatura de la mañana y de unas estupendas vistas de la ciudad.

Naturalmente, la primavera, aunque se hubiera equivocado de fechas, no había cambiado las cosas, de modo que el dóberman que recibía a los trabajadores de "CALDERERÍA MANCHESTER-Depósitos Metálicos", allí seguía en la puerta controlando la hora de entrada, sin que se le notara efecto benéfico alguno achacable al cambio del tiempo. Ni subidas de sueldo, ni semanas inglesas, por mucho que el rótulo de la puerta estuviera inspirado en tan importante ciudad industrial de la ya no tan pérfida Albión, cuando el NO-DO, en sus años mozos, hablaba de Inglaterra.

Manuel, esquivando el primer ataque del animal, se puso a trabajar esperando ilusionado la hora de salida para ver si hoy tenía suerte y conseguía ver a Azucena, aunque tuviera que estar de guardia en su puerta..., hasta las tantas.

Como en la vida de la gente corriente, esa que vive en un constantemente anhelar, no siempre sale todo torcido..., aquél día, el chico tuvo esa suerte buscada y mientras esperaba a Azucena, la vio aparecer con su cántara de leche que la hacía más mujer. Los dos se alegraron mucho de encontrarse, reconociéndose como atractivos, mutuamente.

"Hola, Manuel... ¿me estabas esperando...?", le preguntó nerviosa y halagada, la chica. Sus labios carnosos, después de preguntar, sonrieron.

"Sí..., bueno, he venido varios días a ver si te veía..., pero no hemos coincidido hasta hoy...", y sin poder evitarlo, le salió añadir: "Estás muy

guapa, Azucena". Y tras decir esa frase, ambos se pusieron colorados.

"Gracias, Manuel. Qué pena, no saber que has estado viniendo, y te habría esperado. Yo también tenía ganas de verte y hablar contigo. ¿Para qué querías verme?", le preguntó Azucena a la que cualquier razón que le diera, seguro que le iba a valer.

"Pues es que hablé con mi entrenador, el Sr. Marcial, y me dijo que sí, que por una vez..., que puedes venir a verme entrenar. Más, no..., porque no cree que sea un lugar adecuado para las chicas. A mí, me gustaría que pudieras venir... todos los días que tú quisieras, pero comprendo que tiene razón: no es el mejor sitio para una chica. Y menos, para ti". La miró para ver qué cara ponía ella, y se rió al añadir: "Al principio, se pensó que tú querías ir, pero para aprender a boxear. ¿Cómo va a querer aprender a boxear una chica? Bueno, luego, ya la expliqué que sólo querías venir por verme entrenar", le aclaró siguiendo con la sonrisa en la boca. Manuel, estaba pletórico de estar frente a la chica, su chica, porque así ya la imaginaba aunque nada hubiera pasado entre los dos, porque esas cosas se sienten primero, sin que haga falta un notario que certifique que es así. Y volvió a darse cuenta de lo mucho que le gustaba. Azucena, ya no le cabía en el cuerpo.

"¿Ah, sí...? Pues qué bien. Bueno, un poco de corte, sí que me dará. ¿Hay muchos más chicos, allí...? No me importa mucho: si estás tú, sé que nadie se meterá conmigo. Y si está tu entrenador, que es un señor mayor..., tampoco. ¿Cuándo quieres que vaya?", le preguntó ilusionada como si el tiempo disponible para esa visita, caducara enseguida.

"Pues..., mañana. Mañana tengo entrenamiento", le urgió Manuel.

"¿Mañana..., tan pronto...? ¡Ufff...!, es que... me coge tan de sorpresa..., que no lo había pensado así, para mañana ya. ¿Y no podría ser a la próxima semana? Tengo muchas ganas de ir a ver cómo boxeas, pero me sigue dando cosa el estar allí, por los otros...", contestó en una forma de decirlo parecida a... "¿dónde me he metido, por Dios...?".

"Bueno, pues si quieres..., el lunes próximo puedes venir. Me esperas en la puerta del gimnasio sobre... las siete, y entramos juntos. Ya se lo diré al Sr. Laborda. Y estando él, y yo..., no te pasará nada ni se te comerá nadie. ¿Te parece bien...?", le propuso Manuel.

Ella, asintió de forma casi inaudible y bajó la cabeza, ruborizada. Manuel, la veía en ese momento como una muchacha frágil e insegura, que se estaba debatiendo entre lo que le apetecía y lo que se atrevía. El chico, le levantó la cabeza empujando de su barbilla hacia arriba y se le quedó mirando fijamente a los ojos. Era guapa. Estaba guapa con sus mejillas tan sonrosadas del apuro que sentía. Así que..., siguiendo un repentino impulso, miró hacia los lados comprobando que no había nadie

cerca en esos momentos y sujetándole la cara con ambas manos que Azucena sintió muy fuertes, le dio un beso. Y luego, viendo que ella se dejaba hacer, otro más largo. El Paraíso del que les hablaba el cura en la misa, tendría que ser como esos besos.

"Para mí, ya eres mi novia, Azucena. ¿Quieres serlo, tú?", le preguntó Manuel, confiado en la respuesta que iba a recibir.

"Sí..., claro..., me gustas mucho porque... eres guapo. Y fuerte. Pe... pero me tengo que subir ya, que mis padres est... estarán preocupados. Hasta el lunes a las siete". Y sin decir ella nada más, huyó de él y de eso que le estaba pasando pero que no sabía cómo manejar, subiendo escaleras arriba a toda velocidad.

"Qué preciosidad que es", pensaba Manuel, sonriente y emocionado, viéndola huir. El... "qué preciosidad...", encerraba muchos sentimientos. Ya tenía ganas de que llegara la hora de irse a la cama, para contárselo a su abuela y compartir ambos esa alegría que sentía crecerle por dentro.

Su abuela era su protectora, su amiga, a la que podía contarle muchas más cosas que a su madre porque, ésta, sólo pensaba en lo que era bueno para él pero preparándole para su futuro. El presente del chico..., sólo un paso intermedio que debía de cruzar, cuanto antes. Sólo que él quería vivir su presente, como los demás jóvenes.

La abuela Carmela deseaba que su nieto disfrutara de ese presente, mágico y convulso a un tiempo, porque de su porvenir..., ya se preocupaban sus padres, bueno, su madre y, la abuela, a fin de cuentas..., posiblemente ya no estuviera en el futuro previsto para Manuel. Además..., también era su único nieto.

"Así que Azucena me ha dicho que vendrá el lunes. Estoy más contento... Lo que pasa es que no sé si le gustaré. Es que yo veo a los otros, que son un poco más mayores y llevan más tiempo en el gimnasio, que cuando entrenan, se les marcan todos los músculos. En cambio, a mí, cuando hago ejercicio frente al espejo..., no veo que se me marquen tanto...", le dijo a su abuela desde su cama, un poco preocupado.

"No le des tanta importancia a eso, Manuel: a las mujeres nos gusta, necesitamos la fortaleza de los hombres, que no está necesariamente en el volumen de sus músculos. Es algo más complicado de explicar y así pasa que, demasiados hombres, esa diferencia..., no la entienden. Tú serás, ya casi lo eres, un hombre fuerte, pero todavía te estás desarrollando. Esa chica, tiene que sentir la fortaleza tuya..., aquí", y alargando el brazo desde su cama, con su dedo índice tocó la cabeza de su nieto, como intentando también meterle ese concepto tan esencial, en ella. "Aunque igual, Azucena, con sólo quince años..., puede que todavía

no comprenda que lo siente. ¿Lo entiendes...?"

Manuel, dijo que sí, pero seguía deseando tener unos músculos más marcados. A pesar de todo, confiaba en esas palabras porque su abuela solía tener razón.

"Hasta mañana, abuela, buenas noches", le dijo, medio perdido en la neblina del sueño que ya le estaba envolviendo.

"Hasta mañana, cariño, que descanses", respondió la abuela. Pero Manuel, dormido ahora, guardó silencio.

El viernes llegó, y Manuel acudió al gimnasio ansioso de contarle a Marcial que el lunes, Azucena acudiría al gimnasio. Así que entró y después de saludarle todo decidido a decírselo, fue el entrenador el que anticipándose al muchacho, le comenzó a hablar con una sonrisa premonitoria de algo bueno. Quizás.

"Hola, Manuel. Esto..., lo primero de todo: ¿cómo está tu padre..., mejor? Lo digo porque últimamente estos días te he visto menos tenso que en otras ocasiones. ¿Ya tiene trabajo?".

"¿Mi... padre...? Sí..., un poco mejor; parece que estos días está más tranquilo, aunque nunca se sabe con él. Si no bebe, o bebe poco..., está mejor. Y trabajo..., pues todavía no ha encontrado nada. Desde el último que tuvo, quiero decir. Mi madre dice que es porque tiene mala hostia en algunos momentos, y no aguanta nada de lo que le mandan los jefes, que se lo toma todo muy a pecho. En mi empresa, si fuéramos a hacerle caso al capullo del encargado, iríamos amargados todo el día. Más amargados de lo que nos tiene. Pero es lo que hay. ¿Por qué me lo pregunta?", dijo Manuel, extrañado.

"Toma. En este papel está la dirección de una empresa donde necesitan un encargado, y la persona con la que se tiene que hablar. Quieren a alguien...,"con carácter", insistieron. Es, para tu padre, que sé que vale. A los dueños les conozco yo, pero a él no le digas nada de mi relación con ellos, ni de que yo te lo he dado, porque sé cómo es y el orgullo no le dejará ir a ver qué le dicen si estoy yo por el medio. Dile que te lo ha dicho... un compañero de tu trabajo. Tu padre fue encargado, y bueno. Hasta que empezó a beber..., sin motivo. Algo me contó tu madre sobre eso, hace tiempo. Lo demás, lo sé por lo que me has contado y por lo que se te nota.

Además, creo que no pagan mal. Vamos a ver si entre todos, hacemos que vuelva a ser como era. Sufro por ti y por tu madre. Ninguno de los dos os lo merecéis. Bueno, ya me dirás qué dice sobre ese trabajo.

Ah..., me ha parecido que me querías decir algo cuando has entrado. ¿Es así?", terminó Marcial.

"Pues sí: que..., el lunes..., que vendrá mi amiga a verme entrenar. ¿No hay problema, no...? Es que ya hemos quedado en la puerta del gimnasio, a las siete. Un poco asustada estaba por los otros chicos", contestó Manuel.

"El lunes... Vale, pues el lunes. Pero con una condición: que el domingo por la tarde, como había que hacerlo de todas maneras algún día, te vengas tú, y algún compañero más que quiera, y hacemos una limpieza de trastos que no sirven, lo ordenamos todo, y escobamos para dejarlo presentable. Ni tú, ni yo, queremos que este espacio se lo enseñemos a una señorita, tal y como lo tenemos ahora. Los hombres..., nos da todo más igual. Pero si está ordenado y limpio, mejor. Luego se les digo al resto, porque entre todos, lo haríamos en un periquete y estaremos más a gusto, después. Y de paso, decirles lo de la visita de tu chica, para advertirles que no hagan el cafre delante de ella. Supongo que, del todo..., no lo podrán evitar", y se rió al decirle esto último.

Manuel, correspondió agradecido con una tímida sonrisa, pensando en Azucena, pobre. Miró el papel que Marcial le había entregado para su padre, leyó lo que ponía y, doblándolo, lo guardó en su monedero. Ojalá fuera una solución, pensó esperanzado, mientras pasaba al interior del gimnasio. Hoy, se entrenaría con más intensidad para lucir un poco mejor, el lunes.

"La verdad..., está hecho una pena...", pensó Manuel al fijarse bien en cómo era el lugar donde entrenaba y desde el cual pensaba llegar a campeón de boxeo, en alguno de los pesos en el que su cuerpo se estancara. "A ver si quieren todos cooperar en arreglarlo, para que Azucena lo encuentre bien". Aunque seguiría siendo un local cochambroso con sus paredes desconchadas, un semisótano mal iluminado, y un suelo de cemento que parecía un erial..., ordenado y limpio..., sería otra cosa.

"Hola..., Charo...". Charo, se giró para ver quién le hablaba entre el murmullo del mercadillo en el que se estaba eligiendo unas naranjas, y vio que era, Marcial. Aunque tenía prisa porque debía volver a casa para ponerse a hacer la comida, se alegró de verle. Antes de contestarle, miró en derredor suyo, comprobando que no había nadie conocido en aquél puesto ni los de alrededor. Fue un acto reflejo, que no supo explicarse.

"Ah..., hola Marcial..., ¿cómo estás?", dijo ella azorada. Hacía bastante que no se habían visto o, más bien, que habían elegido el no verse.

"Bien..., pero no tanto como tú. Sigues..., como siempre: muy bonita.

¿Y Manolo...?", dijo como si también le importara qué era de su vida.

"Ah..., gracias por lo del trabajo ése que le proporcionaste ayer, a través del chico, porque, a mí, sí que me contó que tú se lo habías buscado. Pues Manolo..., está un poco mejor, como si quisiera rehacer su vida, nuestra vida. Bebe menos, que ya es mucho. Y hoy, se ha levantado temprano, se ha lavado y arreglado, y ha ido a hablar con la persona a la que tenía que dirigirse. Supongo que pronto regresará ya, así que mucho..., no vamos a poder hablar. Qué casualidad encontrarnos aquí, ¿no?", dijo Charo para sacar a su marido de la conversación.

"No..., no es casualidad..., del todo. Es sábado, y las mujeres soléis venir a este mercadillo a hacer la compra del fin de semana. Así que he pensado, que ya que pasaba cerca, no me costaba nada entrar para intentar verte", le contestó Marcial.

"Pero habíamos decido no vernos. Por el bien de los dos, de todos nosotros..., ¿o, no? No debemos empezar otra vez, aunque no lo terminámaramos en su día. ¿Qué crees..., que no pienso en ti cada noche? ¿Que no pienso en lo mucho que me equivoqué cuando no supe esperarte y lo elegí a él? Y bebe, sí, y no se porta bien conmigo porque bebe, porque estoy con él, pero no le quiero porque a quien quiero es, a ti. Sigue siendo a ti, aunque esté debajo de él gozando sólo gracias a que imagino que eres tú. Y él, lo nota. No sé porqué, pero lo nota. Después de "eso", no se queda relajado sino enrabietado", dijo Charo con los ojos brillando apuntando hacia el suelo. Alrededor de la pareja, las mujeres seguían a lo suyo, peleándose por una peseta menos en la cuenta, o una fruta más de regalo.

"Tienes razón, Charo..., no debería haber intentado verte. No está bien. No te beneficia, no nos beneficia..., ya lo sé. Y yo, no tengo queja alguna de mi mujer, al contrario, la quiero mucho..., pero no como a ti. En ella es..., como un agradecimiento por lo buena que es, por cómo me quiere, por los chicos, por cómo toda su familia se porta conmigo, cosas todas que deberían haberme hecho olvidarte..., pero no es la realidad: sólo es..., lo que debería de hacer y, no, lo que quiero hacer. Si me dejara llevar por lo que me haces sentir, tiraría toda la vida buena que tengo..., por estar contigo. Eso es lo que estoy sintiendo ahora mientras te veo, y mientras te veía de espaldas a mí, eligiendo las naranjas. Qué sin sentido, ¿no...? No, no soy tan cabal como parezco casi siempre. Sobre todo, cuando pienso en ti. Lo siento, te dejo, ya me voy.

A ver si hay suerte con Manolo, y encuentra su trabajo, vuelve a su ser, que pueda ver que le quieres, y que eres mucho mejor que el coñac ése con el que acompaña a sus dudas. Menos mal que cree que son sólo dudas sin fundamento.

Y tienes un hijo muy bueno. Qué pena que no sea verdad eso que Manolo se imaginaba de que pudiera ser..., nuestro hijo. Tampoco yo puedo quejarme de los míos, que se parecen mucho a su madre. Así que por Manuel, no te preocupes, porque yo también le voy a ayudar en todo lo que pueda. Él y tú, os merecéis que lo haga". Paró Marcial y sacó un sonrisa para continuar:

"Ah..., el lunes, no sé si te lo ha dicho tu hijo, viene su novia a verlo entrenar y está..., emocionado. Si no sabías nada, tú..., chitón. Mañana domingo, vamos a ir al gimnasio, él, sus compañeros, y yo, a dejarlo repulido para cuando venga el lunes con la chica. Bueno, repulido..., a lo mejor es mucho decir. Pero adecentarlo, por lo menos. Ojalá lo que me dan de sí mis clases, me permitiera meterme a tener un local bien pintado, con máquinas nuevas y unas duchas en condiciones. Pero esto es un barrio y las cuotas que podéis pagar..., tienen que ser bajas.

Te iba a decir... que **te quiero**, pero no debo. Así que... sólo será un adiós, y hasta que nos volvamos a encontrar de casualidad. De ti, ya iré sabiendo por el chico, descuida. Buena suerte, Charo", y cuando ella iba a contestarle algo, vencida otra vez, y a decirle que sí a todo lo que él le estaba proponiendo con esa reflexión en voz alta..., Marcial se alejó sin mirar atrás, para evitar que todos esos sentimientos les jodieran la realidad que tenían.

La puerta se abrió tras el tintineo de unas llaves y, Charo, seguía en la cocina, terminando de partir una cebolla para la ensalada. Tenía los ojos rojos de haber llorado, y al oír la puerta, se los limpió rápidamente con el delantal. Carmela, su madre, estaba sentada en su silla de mimbre tejiendo un jersey para su nieto junto a la ventana del comedor, calentándose con el sol que se colaba a través de ella.

Manolo, entró en la cocina y le dio un beso a Charo. Al verle los ojos brillando enrojecidos, le preguntó que qué le pasaba.

"Nada, la cebolla ésta, que pica como un demonio. ¿Cómo te ha ido en la empresa ésa?", le preguntó para desviar el tema de su lloro, y por saber qué había pasado.

"Bueno, muy bien, creo. Es una fábrica de piezas mecánicas para los motores de los coches SEAT, los que hacen el 600, y quieren un encargado para una de las naves en la que hay muchos tornos y bastante personal, porque el encargado que tenían, pues no valía y la gente..., se le desmandaba. Así que hay que organizar y poner orden en todo aquello. Me han dicho que este miércoles, que empiece ya, y que estaré algún mes a prueba. Si les gusta cómo lo hago, me contratarán. Sólo me han dicho que me pagarán bien, aunque dependerá de cómo vean mi trabajo. Yo los he visto serios y con ganas de tener una empresa que funcione como la seda, porque SEAT es exigente con sus proveedores y temen que no les

vayan a tolerar más incumplimientos si les vuelven a fallar. Tiene que ser mío ese puesto, aunque enderezar lo torcido..., no es tarea fácil.

Básicamente, al principio..., pues habrá que hacer comprender a todos los que allí trabajan, que las cosas han cambiado y que, o se adaptan..., o se van. Vamos, que tendré que quitarme de encima alguno de los que enturbian el ambiente, me temo, para que los demás sí noten que esto va en serio", dijo él entre preocupado por esa responsabilidad, y la esperanza en hacerse con el puesto.

Charo, con los ojos que le seguían enrasados, le miró fijamente..., aunque no dijo nada.

"Sí, ya lo sé..., tengo que dejar de beber..., ¿no...?", añadió Manolo, adivinando su mirada.

"No te he dicho nada...". contestó Charo, quien ya no podía disimular que de lo de las lágrimas..., no tenía culpa la cebolla.

En un momento, por la cabeza de Manolo, pasaron las imágenes de todos los malos momentos que él les había hecho pasar a los suyos, por culpa de unos celos sin ninguna base. Y a Charo, sobre todo, a quien no tenía nada que reprocharle. Un sentimiento de ternura hacia ella, muy raro en él, le brotó en ese momento y se abrazó a su mujer.

"Voy a cambiar, Charo, te lo prometo", le dijo con la voz un poco quebrada.

Charo, se dejó abrazar por él, sintiendo a la vez un enorme remordimiento porque mientras estuvieron así, juntos, sólo pensó en que necesitaba que ese abrazo debería de haberlo recibido de Marcial. Quizás, esta vez, sí, Manolo... iba a cambiar y volver a ser, el que fue.

El fin de semana pasó volando y hasta les dio tiempo a ellos dos, el sábado por la noche, de celebrar lo que podría ser un cambio a mejor en sus vidas. El domingo, se arreglaron y se fueron a misa de 12, porque allí se juntaban con otros matrimonios amigos con los que después, a la salida, se iban de vermú hasta Casa Paricio, donde se tomaban aquellas deliciosas salmueras que les dejaban ya casi sin apetito cuando volvían a casa para comer. Pero ese domingo, le dijo Manolo al camarero: "El vermú..., rebájamelo con sifón". El camarero, se le quedó mirando como extrañado, pero al ver determinación en las palabras y la mirada de Manolo..., siguió sus instrucciones, e hizo un gesto con los hombros, como diciendo... "bueno, bueno..., allá, tú...".

Cuando volvieran, ya se encontrarían en la casa con todo hecho porque la abuela Carmela, que marchaba acompañada de su nieto a pesar de los refunfuñeos de éste por lo mucho que se aburría en la misa, pues iban a

la iglesia de La Magdalena a las 10, de modo que cuando Carmela volvía a casa, mientras su nieto se había juntado con los amigos a la salida de la misa, ella se encargaba de hacer la paella, comida inevitable en cada domingo. En algunos muy señalados, la hacía de marisco. Bueno..., con algo de marisco.

A la tarde, se reunían con esos mismos matrimonios amigos en el Windsor, donde solían ver el partido que ponían en la televisión y las mujeres charlaban a lo suyo, tomándose unos cafés con los que ir matando la tarde.

Al regresar a casa, ya de noche, Charo, reconoció que había pasado un agradable domingo, algo que había olvidado desde hacía bastante tiempo en su vida y, a pesar de lo positivo del cambio, sintió dos miedos: que fuera algo que durara sólo las horas del humo..., o que ese cambio, de consolidarse, la obligara a olvidarse en falso, de Marcial.

Ella, estaba segura de que pasara lo que pasara, nunca..., nunca..., se iban a olvidar el uno del otro. Sólo las circunstancias les habían separado. Y nada, ni nadie más.

El lunes llegó vestido de luces de primavera, con una realidad empeñada en hacer que todo mejorara en aquella casa donde convivían Manuel, Carmela, Charo y Manolo, y en la que latía un pálpito nuevo, desconocido y esperanzador. Manuel, con la visita de Azucena. Charo, con el recuerdo de Marcial en el mercadillo y su confesión de amor inextinguible que guardó en una lata de café por si volvía a florecer en otro momento y..., porque a Manolo se le veía una voluntad de cambio algo distinta de las otras veces, y de los otros intentos. Y a Carmela..., porque sin saber nada en concreto, percibía ese esbozo de primavera que se había metido en la casa para impregnarla de aromas nuevos.

"Hola, Azucena..., temía que no te atrevieras a venir", dijo Manuel llegando por detrás de la chica sin que ésta lo viera llegar y la sorprendió mientras ella miraba con atención el cartel a la entrada del local, donde se anunciaba: "Gimnasio de boxeo King Laborda", mal rotulado por el propio Marcial haría como cuatro años, y que previó entonces..., "para de momento". Como creía que con él, ni ganaba ni perdía clientes..., pensaba que no merecía la pena gastar el dinero que no tenía, en algo mejor hecho..., pues lo fue dejando para más adelante, tal cual estaba.

Ella sonrió y le dijo: "No creas, no, que algo de razón sí que tienes, porque me da una cosa entrar... ¡¡Ufff...!!, supongo que estará también el Sr. Marcial, ¿no...?".

"Que sí..., que estará..., y todos saben que vas a venir...", le estaba

diciendo, Manuel, cuando ella le cortó toda azorada:

"¿Todos...?, madre mía, qué vergüenza me está entrando..."

Manuel, sin pensarlo, le salió el abrazarla dejando que escondiera su cara contra su pecho y, ella, reconfortada al notar sus músculos que la resguardaban..., se dejó querer. Él, se echó a reír, feliz de poder protegerla de su temor inventado.

"Venga, vamos, Azucena..., vamos dentro. Y ya verás que bien ha quedado la sala. Bueno, tú no la habías visto antes pero es que, ayer domingo por la tarde, vinimos todos, incluso el Sr. Marcial, para ordenarlo y limpiarlo, que fue idea suya para que lo encontraras bien. No te quejarás, ¿eh...?"

Cuando entraron, se les acercó Marcial y saludó a Azucena con una sonrisa que en él, era sincera, imaginando el trago que estaba pasando la chica.

"Por fin has venido. Espero que te guste mi local. No está muy bien pero confío en que algún día, si me forro como representante de alguno de mis alumnos que van a ser campeones de boxeo muy pronto, como Manuel, pues ya pueda cambiar todo esto, de arriba a abajo. Hasta la grifería de los lavabos, que será de oro", terminó Marcial con esa broma para destensar el ambiente.

Unas cortinas separaban la antesala de la zona de gimnasio y a través de ellas, llegaban los ruidos y las respiraciones forzadas de los chicos que se estaban entrenando dentro. Marcial, apartó una de las dos y allá aparecieron los compañeros de Manuel, quienes pararon momentáneamente al verlos aparecer. Se veía más iluminado porque también habían repuesto las bombillas fundidas a lo largo del tiempo y el gimnasio, para los que lo hubieran conocido hasta el sábado..., parecía otro.

Marcial, la empujó suavemente de la espalda pero Azucena tenía los pies, como clavados al suelo y se negaban a avanzar. Nuevas sonrisas del entrenador al notar su resistencia.

"Hala..., niña..., pasa, que no te van a hacer nada. ¿A que no, Manuel...?"

"Ya se probarán...", le contestó el chico, riendo también. "Son buena gente. Bruticos..., pero buena gente. Y además... si no tienen ni media hostia: todo fachada", y diciendo Manuel esta broma, la apretó contra sí por el hombro para que se relajara.

"Venga, Manuel..., ponte tú a entrenar ya para que te vea Azucena, que se queda conmigo. Se cambia en un momento y enseguida sale, ya lo verás", dijo dirigiéndose a la chica. Los demás, después de saludarle, con algún "hola", o algún "¿qué tal?", siguieron a lo suyo pero, ya, exhibiéndose también para ella.

Manuel, apareció vestido de boxeador, con un calzón largo de segunda mano que se había comprado en un rastro para cuando debutara en algún combate de verdad, aunque lo estrenó ese lunes porque la ocasión lo requería. En la parte de arriba, una camiseta gris de tirantes ajustada con lo que le marcaba, así más, el cuerpo. Iba bien conjuntada con el negro del pantalón.

Saludó a la chica levantando los puños enguantados, y se puso frente al punching. Lo miró fijamente unos instantes y, como si un resorte se le hubiera disparado, comenzó a golpearlo rítmicamente, de lento a más rápido sin permitir que la pera aquella se le fuera para los lados.

Azucena estaba admirada. Los músculo de Manuel, que comenzaban a brillar de sudor, se marcaban como queriéndosele escapar de debajo de su piel. Y él, olvidando a la chica, sólo tenía la mirada en que la bola rebotara en la dirección que quería, mientras él giraba a su alrededor, bailando.

"¡Al saco, Manuel!", le ordenó Marcial, mientras miraba de reojo a la chica que seguía con aquella mirada en su cara, de admiración y orgullo.

Obediente, se pasó al saco. Allá, la cosa cambiaba y los golpes, se tornaron rudos, espaciados y certeros, sobre los costados del pesado talegón relleno de arena, imaginando que eran los de su contrincante al que tenía que encontrarle un hueco que dejaran sus brazos, de haber existido.

"¡Suficiente, Manuel!", le dijo Marcial para que parase, porque no sentía el cansancio ni la respiración forzada por los músculos aquéllos que le pedían aire, a gritos. Medio asfixiado, se giró hacia donde entrenador y novia estaban, sin poder hablar, aunque haciendo un gesto a Azucena con su cabeza, que parecía indicar: "Qué... ¿qué te ha parecido, eh...?"

Ella, con una cara de felicidad total, sólo aplaudía pero sin ruido porque no quería llamar la atención de los otros. Ya, frente a frente cuando Manuel se acercó, se miraron fijamente pero, con el entrenador ahí mismo, no hicieron ni dijeron nada.

"Ya has visto, Azucena..., ¿es bueno..., o no es bueno? Vale mucho Manuel. Si no lo deja y se entrena, puede llegar lejos, te lo digo yo...",

afirmó Marcial.

La muchacha, sin apartar la vista de los ojos del chico, sólo hacía gestos rápidos y nerviosos de afirmación a lo de "que valía mucho". Y sonreía ampliamente, mientras en su interior, un hormigueo la invadía naciéndole en el estómago.

* * * *

Por mi padre sé que Marcial, había muerto unos años antes. A finales de los 70, cerró el gimnasio porque el boxeo se había pasado de moda y no tenía casi alumnos, a pesar de que lo reformó y puso máquinas nuevas. Los grifos, no, que nunca fueron de oro, porque ninguno de sus alumnos llegó a ser campeón de nada.

A pesar de la promesa que le hizo a mi abuela, pasado un tiempo, comenzó a volver cada sábado al mercadillo aquél sólo por verla, sin decirle nada ninguna de las veces en que se encontraron y hasta que cerraron aquél laberinto de pequeños puestos de venta para transformarlo en un bingo a fin de que los habitantes del barrio pudieran salir de pobres..., con un... poquito de suerte.

Y un sábado, en un parque nuevo que habían inaugurado tres años antes, muy cerca de donde estuvo el mercadillo que había seguido alimentando su amor imposible, sentado en uno de sus bancos..., se quedó dormido para siempre mientras daba de comer a las palomas. Descanse en paz el amor de mi abuela.

Mis padres, están bien, ya jubilados los dos y me echan alguna mano con mis hijos, si nos vamos de viaje, por ejemplo. Son gemelos y ya tienen 17 años, así que mucho mal, no les dan.

Mi padre, siguió con el boxeo porque, como decía Marcial, valía. Y sí, ganó varios combates, aunque no mucho dinero, viajando por bastantes ciudades de España pero sin hospedarse nunca en los Ritz. Sería por su naturaleza humilde.

Tuvo mala suerte, con una experiencia traumática que le obligó a colgar los guantes, que se dice. En su último combate, aquél contrincante que le buscaron en el pabellón deportivo de Benavente, no estaba preparado y mi padre, pues le iba marcando golpes que lo desfondaron hasta quedarse desprotegido. En un hueco que mi padre vio, le lanzó un puñetazo a la mandíbula, cayendo redondo en la lona. Y ya nunca se recuperó del gancho aquél, pobre, quedando tetrapléjico. Durante bastante tiempo, mi padre estuvo yéndolo a ver sintiéndose culpable y con la esperanza, en cada visita, de que lo encontraría mejor. Pero aquél hombre..., nunca se mejoró, aunque aguantó bastante. Aún acudió a su entierro cuando, al final, murió hará unos 15 años. "Mala suerte", decía la gente. Pero yo creo que no, que no es mala suerte sino mal deporte.

Leyendo el diario de mi abuela, no podía reconocer los pasajes tristes de la época en que mi abuelo sufrió de aquellos celos que hasta mucho después no supo que fueron justificados, porque mis recuerdos con él son maravillosos. Una relación muy especial. El hombre bueno, pasajeramente convertido en maltratador con su mujer a la que quiso siempre mucho, y

al que debo gran parte de lo que soy ahora.

Cuando superó los celos aquellos y lo de combatirlos a golpe de copa de coñac, demostró su valía en el puesto para el que le contrataron y prosperó dentro de la empresa. Tendría yo unos 12 años, cuando asistí muy orgullosa al homenaje que le hicieron en la empresa, al jubilarse. Nunca olvidaré cómo, con su placa de plata en la mano, sus ojos enrasados por el aplauso de todos los trabajadores y compañeros que le rodeaban en el homenaje, se me quedó mirando forzando una sonrisa para mí, y me guiñó un ojo. Yo fui siempre su niña bonita.

Pasados unos años y ya, en la calma de su vida, descubrió el amor oculto, irrealizado, entre Charo y Marcial. Cuando ella se atrevió a sincerarse con él, mi abuelo hacía mucho tiempo que ya lo sabía, pero nunca le reprochó nada y dejó que ella siguiera sintiendo lo inevitable. Él nunca dejó de sentirse querido por eso y entendió que el alma de su mujer estuvo atrapada siempre entre el amor verdadero, y el de esposa, que eligió el sacrificio... quizás por mi padre, quizás por mi abuelo, o por ella..., o porque aquellos tiempos eran así.

Bueno, se me hace tarde y tengo que ir a trabajar y, antes, llevar a los gemelos hasta el Instituto donde estudian que, como hay huelga de autobuses urbanos..., no me queda otra. Yo..., estoy bien, no me puedo quejar. Con mis cosas..., como todos..., pero bien. La vida, sí merece la pena.

F I N